

Francesc VALLS JUNYENT

La Catalunya atlàntica. Aiguardent i teixits a l'arrencada industrial catalana

Vic, Eumo Editorial y Universitat de Vic, 2003, 415 pp.

Este libro se ocupa de un tema central de la historia económica de nuestro país: la contribución del comercio exterior al inicio de la industrialización catalana. Indirectamente, esta cuestión remite a los fundamentos agrarios de ese proceso, puesto que fue un producto originado en la tierra el que, casi en solitario, protagonizó, al respecto, los flujos exportadores durante los casi dos siglos que se estudian aquí. Sin embargo, en esta obra, el autor ha optado por centrar el análisis en la comercialización de los destilados de aquél y en las implicaciones derivadas de la misma. La industrialización del textil, que constituye el punto de llegada hacia el que tiende la explicación, aparece como telón de fondo, no explícito la mayoría de las veces, pero que el autor consigue mantener vivo en el lector a lo largo de las cuatrocientas páginas de la obra.

La historiografía ha ofrecido una explicación muy completa de esos cruciales vínculos entre sectores. Es el resultado de aportaciones que tuvieron en P. Vilar su momento fundacional, prolongado en investigaciones de E. Giralt, J. Torras, J. Nadal, J. M. Fradera, J. M. Delgado, J. Fontana, P. Pascual, A. Sánchez y otros. La interpretación resultante de estos trabajos sitúa en un lugar central la especialización vitícola que se afirmó en la agricultura catalana desde finales del siglo XVII y la orientación exportadora de la producción de aguardiente. Estas actividades habrían permitido establecer vínculos tempranos entre los puertos catalanes y los de la Europa atlántica, donde se encontraban los mercados para el aguardiente. Los destinos comerciales variaron con el tiempo, pero esta capacidad exportadora y los consiguientes retornos del transporte marítimo, permitieron la adquisición en Europa de bienes de consumo como el trigo, el bacalao y los textiles. Pero, de modo creciente, llegaron también piezas de lino para ser estampadas, es decir, para ser objeto de tratamiento industrial en un proceso de acabado que incorporaba valor añadido al producto final. De ese modo, el comercio del aguardiente se vinculaba al desarrollo de la manufactura textil y, en ésta, el lino tenía un peso decisivo que no había sido percibido en los estudios iniciales. En un momento dado, sin embargo, las importaciones financiadas por los envíos vinícolas (y por la reexportación de los tejidos de lino acabados) se orientaron al algodón en rama procedente de América, con lo cual se aseguró al abastecimiento de la materia prima para la que llegaría a ser la actividad predominante del textil y de la consiguiente industrialización catalana. Estos vínculos se manifestaban también en otros aspectos: por un lado, la demanda derivada de los ingresos de la especialización vitícola amplió el mercado interior para la industria; por otro, la acumulación generada en aquella actividad comercial pudo facilitar la inversión manufacturera. Esta es, a grandes rasgos, la interpretación vigente.

Sobre esta visión, Francesc Valls ha construido un relato explicativo de la evolución de ese comercio exterior, los cambios producidos en el mismo y las causas de las sucesivas reorientaciones. El libro abarca el prolongado período que va desde finales del siglo XVII hasta la década de 1860, y adopta una ordenación cronológica en la que se van desgranando hasta seis etapas diferenciadas. Una idea articuladora que el autor asume a lo largo del texto es que los cambios en las relaciones políticas y diplomáticas entre los Estados europeos, así como los episodios bélicos de esta época, constituyen factores decisivos para explicar la evolución del comercio. Así, las diferentes etapas analizadas están condicionadas, en buena medida, por estos factores.

Pueden distinguirse con claridad dos partes en el libro. En la primera, que abarcaría los cuatro primeros capítulos, se analiza el arranque de las exportaciones y su crecimiento hasta alcanzar la “edad de oro” del comercio del aguardiente en el último tercio del Setecientos. El punto de partida es la tesis, ya formulada por J. Torras, de que el aguardiente producido en Cataluña y en el norte del País Valenciano se abrió paso en los mercados europeos de la segunda mitad del siglo XVII a causa, precisamente, de los cambios políticos que desplazaron la producción francesa, hasta entonces hegemónica, de los mercados holandés y británico, las potencias marítimas. En ese momento, la exportación catalana se ligaría a estos países y a sus intereses. Sin embargo, los resultados de la Guerra de Sucesión, que introdujeron a España en la órbita francesa, supusieron una inflexión en el modelo anterior, en la cual el autor pone énfasis: la vinculación con las potencias marítimas quedó parcialmente rota y el aguardiente catalán tuvo que competir con el de Francia en los diversos destinos. Sin embargo, los datos aportados por el propio autor matizan el alcance de los cambios: las cifras de exportación se mantuvieron altas y los productos implicados en los flujos de ida y vuelta siguieron siendo los mismos. Pese a ello, la interpretación de F. Valls es convincente: el comercio del aguardiente tuvo que adaptarse al nuevo escenario internacional, y una de las muestras de esa exigencia fueron los vínculos crecientes que se establecieron con el gran centro del contrabando británico que fue la isla de Man y la posterior orientación hacia los puertos del noroeste francés.

Pero la cuestión que más preocupa al autor es el análisis de las contrapartidas de las exportaciones. Desde el primer momento, los envíos de aguardiente permitieron importar de Europa alimentos, como el bacalao, y textiles de lino, lo que explica que fueran los comerciantes de telas quienes controlaran el comercio vinícola. Definido así, este modelo llevó a la “edad de oro” de las exportaciones de aguardiente que el autor, siguiendo la cronología establecida por P. Vilar, sitúa a partir de la década de 1760. Hay que destacar aquí el empeño del libro en establecer la interdependencia de los dos factores que llevaron a ese auge: el incremento del tráfico con el noroeste europeo y la gran expansión del comercio con América. Mientras el producto principal de la exportación se mantuvo, cambiaron sustancialmente los retor-

nos y las reexportaciones desde Cataluña. De Europa llegaban cada vez más cereales y piezas de lino en blanco, no acabadas. Los primeros alimentaban una población creciente durante esas décadas y las segundas eran acabadas en las fábricas de indias y contribuyeron, por tanto, al empuje industrial autóctono. A su vez, el lino estampado acompañó al aguardiente en los envíos crecientes a la América Española. Este tráfico textil modificaba el comercio tradicional de Europa con las colonias españolas consistente en el envío de telas acabadas que hacían escala en Cádiz. Algunas de las mejores páginas del libro se dedican a señalar este lugar intermedio entre los flujos intraeuropeos y el comercio colonial, ocupado por determinadas casas comerciales catalanas, y lo que el autor denomina la “vocación industrial del capital comercial”. De ese modo, la minuciosa explicación del proceso de desarrollo comercial desemboca en la identificación de uno los pilares principales en que se sostuvo la industrialización.

Los cuatro últimos capítulos constituyen una segunda parte del libro en la que se reconstruyen los cambios profundos que experimentó este modelo de intercambios exteriores durante el período, más corto, que va de finales del siglo XVIII hasta 1870. De nuevo, acontecimientos políticos y militares —la era de conflictos que abrió en Europa la Revolución Francesa— son situados en el origen de los cambios en el comercio. Momentáneamente hubo un desplazamiento de los destinos de la exportación, desde Dunkerque a los puertos del norte de Alemania, lo que reforzó el peso de los cereales y los lienzos sin acabar en los retornos. Pero ello no evitó el colapso total del comercio europeo a partir de 1805 y el hecho de que la Guerra de la Independencia pusiera fin, de modo definitivo, al esplendor de las exportaciones de aguardiente a Europa. Se quebraba así la espina dorsal del comercio exterior catalán. Uno de los fragmentos más sugerentes de esta parte del libro es el dedicado, precisamente, a explicar la reformulación del modelo comercial en las nuevas condiciones internacionales y cómo ello desembocó en una nueva etapa de crecimiento. Éste era un proceso menos explorado por la historiografía anterior, y el autor consigue una interpretación convincente y, como es práctica habitual en este obra, llena de matizes. Destaca como aspecto central el protagonismo que adquirieron las exportaciones de vino cuando las de aguardiente se redujeron drásticamente. Las mejoras técnicas en los procesos de vinificación y, sobre todo, las modificaciones en la demanda europea de bebidas alcohólicas serían las causas. En este punto, F. Valls reconstruye series de producción de *whisky* en Escocia, de *vodka* en Rusia y de ginebra en Holanda, para mostrar la decadencia de los aguardientes vínicos en el consumo europeo. El auge de estas bebidas nacionales, forzado por las guerras napoleónicas que interrumpieron el comercio de derivados de la vid, se consolidó con los bajos precios de las materias primas —los cereales— durante el primer tercio del siglo XIX.

Junto a ello, el autor pone énfasis en otro cambio decisivo: el creciente peso de los mercados americanos en las exportaciones de vino, alcanzado en una época difí-

cil a causa del inicio de los procesos de independencia de la mayoría de las colonias. Así, aunque la pérdida de México supuso un fuerte golpe a los envíos de aguardiente (y algunas manufacturas), se compensó con el aumento del vino con destino a Cuba, Brasil y la región del Río de la Plata. El comercio con Brasil, en particular, es otro aspecto poco conocido en el que incide el autor para señalar la importancia que adquirieron aquí los retornos de algodón en rama. De ese modo, el autor nos lleva a la nueva época de prosperidad que se abrió al comercio exterior catalán entre la década de 1830 y 1869. Como siempre, en primer lugar, la entidad de los retornos: el tráfico de piezas de lino en el que Cataluña actuaba de etapa intermedia (e industrial) entre Europa y América, desapareció con la crisis de los envíos de aguardiente a los proveedores europeos de tejidos y la pérdida de las colonias que constituyan sus mercados. Después, la configuración de un nuevo modelo: vino hacia América a cambio de algodón en rama, una importación que tenía una demanda creciente en Barcelona a causa, precisamente, del abandono del estampado de lino por parte de las fábricas de indianas y su definitiva orientación algodonera (el “hambre de algodón” que señalara P. Pascual). Finalmente, el paso definitivo: la progresiva decantación de las compras hacia el algodón de los Estados Unidos, comercializado a través de Cuba. Las décadas centrales del siglo XIX conocieron el auge de este nuevo modelo comercial. Desde finales de los años 1860, sin embargo, todo cambió cuando las exportaciones vinícolas se orientaron hacia la Francia azotada por la filoxera.

Esta obra no es, ni un trabajo de primera mano sobre fuentes inéditas, ni una síntesis basada en bibliografía, sino que se sitúa en algún punto intermedio entre ambas. Aquí encontramos la combinación, muy bien trabada y medida, de diferentes recursos: la narración nueva de hallazgos de la historiografía anterior; el tratamiento de otros aspectos, hasta hoy poco conocidos; el aprovechamiento de fuentes ya utilizadas que implica, en alguna ocasión, la impugnación de las conclusiones previas obtenidas a partir de ellas; y el uso de algunas fuentes nuevas. Todo ello da lugar a una reconstrucción de la evolución comercial durante esos doscientos años, en la cual los diversos pasos están claramente establecidos. El lector tiene la sensación de que avanza sobre seguro en una explicación nítida del modo en que se van alumbrando los cambios. Al autor parece haberle preocupado especialmente caracterizar esta dinámica del comercio, de modo que todo parece estar transformándose en cada momento.

En auxilio de esta narración el autor ha utilizado una bibliografía extensa, en la cual hay dos aspectos que merecen reseñarse. Por un lado el recurso a trabajos, nada conocidos entre nosotros, sobre aspectos específicos de los mercados exteriores con los que operaba Cataluña. Es así como F. Valls puede explicar, por ejemplo, el papel de Dunkerque en las exportaciones de aguardiente, o el de la isla de Man en el contrabando europeo con Gran Bretaña. Por otro lado, la utilización de un gran número de estudios locales de Cataluña para explicar, por ejemplo, los medios de pago utili-

zados por los comerciantes o el destino exacto de las cargas. En pocos casos resulta tan elocuente el hecho de que la presencia de una sólida historiografía local puede ayudar de modo decisivo al estudio general de los grandes problemas.

Uno de los rasgos más destacados de este libro es la preocupación por descubrir, en cada momento, la lógica de las operaciones comerciales concretas para, de ese modo, explicar con mayor fundamento los flujos generales del comercio. Para ello, el autor indaga en la búsqueda de retornos, en los medios de pago utilizados, en las necesidades de transporte de los diversos productos. Esto obliga, por un lado, a conocer la mecánica de las operaciones, y ello lo consigue introduciendo en los diferentes capítulos el análisis de contabilidades privadas de casas comerciales. Así, del detalle de los casos concretos se pasa, de modo fluido, a la caracterización de los flujos generales. Por otro lado, este enfoque obliga también a comprender la dinámica interna de cada uno de los destinos comerciales de las exportaciones catalanas. De ahí que se dediquen muchas páginas a explicar, por ejemplo, los cambios en los circuitos del contrabando inglés, los avatares que atravesó la fabricación de aguardientes de caña en América o las reexportaciones desde Ámsterdam hacia el interior del continente. En buena medida, por tanto, ésta es una historia internacional de los flujos comerciales en la cual esas referencias exteriores están plenamente engarzadas en la narración de los cambios que atañen a la zona exportadora del aguardiente.

Además, el lector aprende mucho sobre la lógica del comercio internacional cuando se nos muestra la interdependencia de numerosos factores a la hora de determinar un flujo específico. Es así como podemos seguir los hilos —múltiples, imprevisibles, indirectos— que ligan el comercio, sometidos a modificaciones por los avatares políticos, diplomáticos y económicos que afectan a cada uno de los diversos protagonistas que intervienen.

Por último, al lector se le plantea una cuestión al llegar al final del libro. Si gran parte de las ideas centrales que guían el texto no son nuevas, ¿porqué tiene la convicción de estar ante una obra importante? La razón es, sin duda, que el autor ha construido un relato coherente y complejo de lo que eran aportaciones parciales, a las que ha sumado sus propias interpretaciones de diversos procesos; que ha dado a ese relato una perspectiva de largo plazo ilustrativa de los grandes movimientos del comercio pero, al mismo tiempo, atenta a los cambios pequeños, parciales; y, sobre todo, que ha encadenado los hechos y los datos de modo eficaz y sugestivo. En el libro de F. Valls relatar es explicar. Por ello, tenemos en él la explicación más completa de ese prolongado desarrollo comercial que estuvo en la base de la industrialización contemporánea de Cataluña.

Salvador Calatayud Giner
Universidad de Valencia